

Antonio Rubial García, *El convento agustino y la sociedad novohispana (1533-1630)*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1989, 346 p., cuadros, gráficas, mapas.

Los estudios sobre los trabajos por la cristianización de los indios que desarrollaron las órdenes mendicantes en la Nueva España nos han hecho muy familiar la figura del fraile caminante que recorría incansablemente sus pueblos de visita. También la de aquél que en el atrio del convento instruía a un grupo de indígenas en los fundamentos de la religión y se enfrentaba con la autoridad en defensa de éstos, apoyado en la fuerza que le daba la importancia de su misión y su conocimiento de la gente, las costumbres y la lengua de la región en que le había correspondido predicar, o aquel otro que tomaba la pluma para consignar las costumbres, el pasado y la lengua de los habitantes de la tierra para apoyar su labor y la de sus hermanos en la conversión de los naturales. Pero es muy poco lo que este punto de vista deja traslucir de otro aspecto, el de la vida en el interior de los conventos. Hace unos años esta carencia fue subsanada por el magnífico trabajo de Daniel Ulloa, *Los predicadores divididos*, que vino a abrir nuevas posibilidades a la visión que se tenía de la historia de la orden dominicana y ahora viene a hacer lo mismo, para la orden de San Agustín, el estudio de Antonio Rubial objeto de la presente reseña.

La aparición de estos dos trabajos me ha hecho reflexionar sobre un fenómeno interesante de nuestra historiografía. De las tres órdenes religiosas que evangelizaron la región central de la Nueva España, la orden franciscana es, con mucho, la más estudiada y, en consecuencia, la más conocida. Un análisis de la historia de nuestra historiografía podría aportar respuestas valiosas,

no sólo para la comprensión del desarrollo de las investigaciones históricas en nuestro país, sino también para la Historia en sí. No creo que baste con decir que fue porque los franciscanos llegaron primero y porque durante los conflictivos años en que se fundó la colonia su actuación fue resuelta y beligerante frente a todo aquéllo que pudo ser obstáculo a su actuación o injusticia para los indios, asuntos que produjeron una gran cantidad de documentación. Aunque ésta puede ser una de las causas, no es factible que sea la única, ya que la actividad de las otras órdenes también se encuentra muy documentada. Puede pensarse que este fenómeno se deba a que la obra historiográfica de los franciscanos fue muy abundante y que aunque los trabajos de algunos, como Motolinía y Mendieta, fueron editados hasta el siglo xix, varios autores contemporáneos suyos las conocieron y usaron. Además, la *Monarquía Indiana* de Torquemada, que si fue editada a principios del siglo xvii, fue muy conocida y utilizada a causa de la variada información que contiene unida a las partes que tratan de la obra de los evangelizadores.

Otro aspecto digno de señalarse es que esta mayor profusión de estudios y referencias a los franciscanos es ya notoria entre los historiadores del siglo xix, quienes en su empeño por formar un cuerpo documental que sirviera de base para la construcción de la historia del naciente país, encontraron y publicaron un importante volumen de documentos inéditos y manuscritos de crónicas, en gran parte franciscanos, que dirigieron los estudios de estos beneméritos investigadores hacia la dirección que estos documentos les señalaban. Pueden ser muchas otras las hipótesis sobre las causas de este predominio franciscano en nuestra historiografía que es un tema muy sugerente que se encuentra en busca de autor. Baste para los fines de esta nota, la referencia a este hecho y el reconocimiento de que la falta de estudios sobre las otras órdenes no es absoluta, que existen trabajos importantes y muy valiosos como las obras de Beltrán de Heredia, Martínez Vigil, Carreño y Arroyo y en las nuevas generaciones las de Daniel Ulloa, ya antes citada, y Mauricio Beuchot, con interesantes propuestas para los dominicos, y, sobre agustinos, Gregorio de Santiago Vela, Diego Pérez de Arrilucea y Federico Gómez de Orozco, a las que viene a aumentarse ahora la de Antonio Rubial trabajada con un enfoque diferente y original.

Rubial inicia su estudio presentando una visión hacia el interior de la orden. Trata de la procedencia de sus frailes y de su

nivel de preparación, de la organización monástica y de las pugnas por el poder, dentro de la orden, entre criollos y peninsulares. Muestra después, a partir del conocimiento de la vida interior, cómo se relacionaron los agustinos con la sociedad en la que vivían, con los indios y con los españoles como evangelizadores y como maestros, para terminar presentándolos como administradores y organizadores de las actividades económicas de los pueblos donde se establecieron.

Siempre al visitar un convento, al recorrer sus claustros, observar el exterior desde las ventanas de las celdas o detenerme en algunas de las instalaciones de servicios, me he preguntado sobre cómo sería la vida, la actividad, el trato entre los habitantes, los medios de sostenimiento, las formas de relación con el exterior, etcétera, de sus habitantes. Antonio Rubial ha respondido a estas preguntas en su trabajo, aportando una visión de lo que fue la orden de San Agustín dentro de la vida y la sociedad de la Nueva España. Trabajos así son bienvenidos porque abren nuevos horizontes a la comprensión de nuestra Historia.

ROSA CAMELO